

INDICE



**La remesa de esta semana:**

Luis Jiménez de Asúa: <i>La vida penal en Rusia</i> . . . . .	4.25
Mahatma Gandhi: <i>Su propia historia</i> . Un vol. Pasta . . . . .	9.00
Romain Rolland: <i>Vida de Vivekananda</i> Gabriel Miró: <i>Figuras de la Pasión del Señor</i> . . . . .	3.50
Emilio Castelar: <i>Byrón</i> . . . . .	4.25
Daniel Halevy: <i>Nietzsche</i> . Un vol. Pasta . . . . .	3.50
Paul Carus: <i>El Evangelio del Budha</i> Carlos Liebnecht: <i>Cartas del frente y de la prisión</i> . . . . .	6.00
E. Giménez Caballero: <i>Yo Inspector de Alcañarillas</i> . . . . .	3.50
Frank Vreeland: <i>Fatalidad</i> . . . . .	3.50
Rivera Guzmán: <i>Banca y Bolsa</i> . . . . .	2.00
H. G. Wells: <i>La dictadura de Mr. Parham</i> . . . . .	2.00
Fernando Lasalle: <i>¿Qué es una Constitución?</i> . . . . .	4.25
Colette: <i>Sido</i> . . . . .	3.00
San Agustín: <i>La ciudad de Dios</i> . 4 volúmenes. Rústica . . . . .	3.50
Cida Rocas Llolet: <i>A la sombra de la aventura</i> . Novela . . . . .	12.00
Mauro Frio Lagoni: <i>Concha Espina y sus críticos</i> . . . . .	3.00
Concha Espina: <i>El Príncipe del Cantar</i> . Novelas y cuentos . . . . .	4.00
	2.50

Solicítelas al ADR. del Rep. Am.

que aspiremos a conservarle a un país su capacidad de pensar, producir opinión que los fulmine. Son funestos en los pueblos sin cultura, apaciguados, sin sentido crítico constructivo y destructivo. Están poseionados de lo que tienen que representar y como un ariete se echan sobre cada problema de una nación. La consecuencia es lamentable, pues en cuanto los pueblos arrebañados escuchan el graznido de esos gansos y su aleteo estridente, sienten terror o pereza y no vuelven a la vida. El profetizador está en todo y permanece apegado sin descuidar su conquista. Los pueblos deben tener quien hable por ellos, pero no ha de ser nunca el hombre ensimismado, Liliput que se siente con los pies en el centro de la tierra y la cabeza en el propio sol. Pensamos que son muchos los que necesitan hablar por un pueblo. El comerciante, el banquero, el abogado, el industrial, todos los que tengan algo de importancia que decir.

Mas si cuando es el quebranto de la Economía el motivo de hablar, mírense y remírense aquellos que dan su parecer. La Economía de una nación tiene delicadeza de cristal ¿Quiénes anduvieron con ella y no la dañaron? Si una vez el destino o la maldad trajeron a este pontificador a la entraña misma de la Economía de una nación, y no fue honrado y robó, o no fue capaz y descuidó, pidámosle cuentas severamente. No haga ahora de profeta de una prosperidad que pateó. Es una vergüenza oír a tanto individuo hablando de la desorganización de la Economía de los países ¿Estaría quebrantada esa Economía si él no hubiera asaltado el mando? ¿Lo estaría si él en lugar de robar, de dar concesiones, de contratar empréstitos, de vender las reservas económicas, hubiera sido grande, hubiera tenido visión de estadista? ¿Lo estaría si no hubiera roto la unidad de una estructura sutil? Es simple asomarse a la Economía en ruinas de un pueblo y pronosticar. Pero esta tafea es mezquina si quien habla tiene grandes responsabilidades en la

ruina. Y los pueblos deben crear un sentido implacable de censura que esté pronto a salir al paso a los menguados. Necesitan que se les diga con energía la responsabilidad que pesa sobre ellos que robaron, que dejaron robar, que acabaron con las fuentes de riqueza natural del país, que no le dieron cultura.

Cuántos dirán que nos hacemos ilusiones, porque ni desaparecerán los emperadores liliputienses, ni habrá nunca pueblos que exijan responsabilidades a sus hombres. Sin embargo, hay que luchar y fortalecer la aspiración por que nos libremos algún día de tanta plaga que parece de orígenes bíblicos.

**Juan del Camino**

Cartago y noviembre del 31.

**Cantos de la madre  
El Señor del Sueño**

= Envío de la autora =

Hijo, que ya son las siete,  
ya baja la noche, tibia,  
de la mano del silencio  
en carro de maravilla.  
Regresaron las palomas  
y arrullando se acarician.  
Guarda el zenzontle, en el nido,  
su gama de notas finas,  
y la ranita esmeralda,  
en el agua de la pila,  
ensaya las roncas voces  
de su pandereta antigua.  
Luciérnagas, a millares,  
como flores encendidas,  
bailan en la yerba fresca  
un baile de candelitas . . .

Hijo, que ya estás cansado.  
La actividad de tu día  
fué locura de carreras  
y fué desborde de risas.  
Cierra tus ojos, precioso,  
—los ojos de mi alegría,—  
aquí, sobre mi ragazzo,  
tu cuerpecito reclina,  
y duérmete en paz, mi encanto,  
duérmete, mi vida.  
  
Ya viene el Señor del Sueño  
por esa luna amarilla  
con su gran manto de sombra  
donde los ecos palpitan,  
con sus zapatos de nube

y su gorro de neblina  
y sus barbas blancas, blancas,  
como escarcha nuevecita.  
Ya viene por esa luna,  
por esa luna amarilla.

Esconde el Señor del Sueño,  
bajo su manto ceniza,  
polvo de cien mil colores  
en lindo fraseo de prismas:  
arco-iris, plata, nácar,  
oro de la fantasía,  
lluvia de todo el milagro  
sobre las frentes benditas.  
Entra sin abrir la puerta  
y camina de puntillas . . .  
Se oye un algo misterioso  
y creemos que es la brisa . . .

Varita mágica tiene,  
y lentejuelas y cintas,  
y juguetes que no vende  
ninguna juguetería.  
Regala unos caramelos  
hechos de la miel más rica,  
mazapanes y cajetas  
con esencia de delicias.  
Cuenta los mejores cuentos,  
canta canciones muy lindas,  
y adivina adivinanzas  
que nadie adivinaría.  
Te ha de llevar de paseo  
a tierras desconocidas,  
por valles y por verjeles,  
por lagos de agua tranquila,  
por una mar de zafiro  
con perlas en las orillas,  
por bosques en los que crecen  
campánulas entre orquídeas,  
y donde vientos que soplan  
son música nunca oída.

Tal vez te lleve más lejos  
por los campos de allá arriba,  
a donde sólo los niños  
pueden llegar de visita.  
Y las almas de los muertos,  
y las almas no nacidas,  
te han de contar los secretos  
que el hombre no entendería.  
Y así, subiendo, subiendo  
por una escala infinita,  
los ángeles del Señor  
han de ser tu compañía.

Bajo el silencio de plata,  
en la quieta noche, tibia,  
las estrellas del azul  
son nardos y margaritas,  
y en un rincón de la alcoba  
la lamparita encendida,  
con pantalla de color  
porque no ofenda la vista,  
da un reflejo en la pared  
de un suave morado-lila,  
y hay un amor dulce, dulce,  
y hay una paz infinita . . .  
Cierra tus ojos, precioso,  
duérmete, mi vida.

Claudia Lars

Costa Rica, 1931.